

os pregunte, cuál será para vosotros el resultado de este trabajo comun de demostracion y de reflexion que hemos hecho juntos.

¿Será solo el vano interés de una pelémica, cuyo juez seáis despues de haber sido su espectador, ó á lo mas, la conclusion lógica y fria de que JESUCRISTO es Dios, que la misma incredulidad lo demuestra y que es verdad el Cristianismo, sin otra consecuencia que asentir á ello vuestra inteligencia?

O bien, ¿será una ocasion solemne para tomar un partido respecto de esta gran verdad que no es nada, si no es activa, si no afecta al alma entera, rigiendo todo su destino?

En cuanto á mi, yo no soy mas que un hombre, y solo he podido daros razones. No he podido hacer mas que mostraros á Jesucristo, y sin embargo, debe hacerse mas. No puede ser que siendo Jesucristo Dios, y demostrándoseos asi, sea estéril esta conviccion. Entre ella y la fe hay un espacio reservado á la buena voluntad del hombre y á la gracia de Dios, en el que no puedo dejaros á vosotros mismos. Desde este instante teneis pues la obligacion lógica, moral, de ir á JESUCRISTO pidiéndole que venga á vosotros. Porque como vino para todos, viene para cada uno; como hubo una revelacion general para todo el género humano, hay una revelacion particular para cada alma. Esta revelacion particular es la fe: la fe que es Dios sensible al alma, hablando al alma: su voz, su vida, su gracia en nosotros; él mismo, en fin, viniendo á sentarse al hogar, á la mesa de nuestro corazon para ser su vigor y su alimento, para revelarse allí por un encanto tan vivificador que se absorbe en él la misma fe, y que toda demostracion llega á ser no solamente inútil sino importuna, comparada con esta íntima manifestacion.

Esperimentad este don de Dios, y en breve me direis, en el arrobamiento de su posesion, lo que dijeron aquellos habitantes de Sichar, despues de haber visto á Jesucristo, á la Samaritana que se lo habia anunciado: "Creemos en él, no ya por tu relacion sino porque nosotros mismos le hemos oido, y sabemos que verdaderamente es este el SALVADOR DEL MUNDO."<sup>1</sup>

<sup>1</sup> San Juan, IV, 42.

FIN.

## NOTAS É ILUSTRACIONES.

Página 4 línea 12. Se nos ha presentado á su autor como un filólogo consumado, como un orientalista, autor de la *Historia de las lenguas semíticas*, profesor público de hebreo, de caldeo y de siríaco, dotado de tanta poesia como saber y fuerza.

Siendo una de las causas que han granjeado mayor autoridad y prestigio á M. Renan los vastos y profundos conocimientos que se le atribuyen en las lenguas orientales, en la ciencia bíblica y en la arqueología, por la circunstancia de haberle confiado el gobierno francés una mision científica á la Fenicia, y creado para él posteriormente una cátedra de filología comparada; suponiéndose en su consecuencia ser las interpretaciones erróneas, violentas, y á veces contrarias, que hace de los textos originales de los libros sagrados este escritor mas exactas y profundas que las que se leen en las versiones autorizadas que conocemos, juzgamos de suma importancia hacer algunas indicaciones sobre lo mucho que ignora M. Renan acerca de aquellas materias.

Sin detenernos á esponer la sesion celebrada en julio de 1863 en el Instituto de Francia, en la que puso M. Jomard en evidencia públicamente esta ignorancia de M. Renan, segun puede leerse en los periódicos de aquella época; ni lo que han escrito el judío M. Franck y el rabino M. Drack acerca de los escasos conocimientos de aquel escritor en Sagrada Escritura, remitiremos á nuestros lectores al folleto del abate Freppel titulado: *Exámen crítico de la Vida de Jesus, de M. Renan*, en que se demuestra haber confundido este autor la prediccion de la ruina de Jerusalén con el anuncio del fin del mundo, por no haber comprendido los textos originales (pág. 122 y 123) y en que se prueba (pág. 110) que no sabe citar el Talmud, puesto que en vez de indicar el tratado y el folio, remitiendo por ejemplo al tratado *Berakoth*, folio XIII vuelto, cita *Berakoth*, IX, sub. fin. [Véase la VIDA DE JESUS de M. Renan, pág. 328.] Remitiremos asimismo al lector, á la segunda pastoral del obispo de Nimes, en que se consigna, pág. 105, el error en que incurre M. Renan, al sentar que Zaqueo era natural de Jericó, y que esta ciudad no estaba en Galilea, y finalmente, citaremos el notabilísimo artículo del R. P. Tou-

lemont, publicado en la revista titulada: *Etudes religieuses, historiques et littéraires*, redactada por los padres de la Compañía de Jesús, año 1863, núm. 11, que lleva por título: *Les distractions de M. Renan*, en el que nota á este escritor numerosos y graves errores, tanto en filología como en la arqueología y en ciencia bíblica, demostrando su poca aprensión en recurrir al plagio. Y en efecto, acerca de la filología aduce y justifica evidentemente haber incurrido en veintitres yerros en solo ocho palabras hebreas y árabes; respecto de la ciencia bíblica, le prueba haber cometido el error de situar á Palayro á orillas del Qasmiyeh, á legua y media al norte de Tyro, siendo así que le coloca Strabon al sur; la de haber transformado á Jób en un hombre altivo y *nomada*, cuando es sabido que labraba sus campos con quinientos pares de bueyes, y que poseía ocho casas por lo menos, la suya y las de sus hijos; en arqueología le prueba que confundió sin distinción alguna los muros seleucidas, griegos, romanos, sarracenos y maronitas, que atribuye el almohadillado de las piedras de la época salomónica que tiene su carácter particular, á todas las épocas [según había ya notado M. Sauley en una célebre sesión del Instituto]; que califica un monumento hallado cerca de Emeso, como siendo el mausoleo de *Sampsiceramus*, en tiempo de los Antoninos, siendo así que no existió ningún personaje de este nombre en aquella época, y debiendo ser este monumento el conocido por todos los viajeros con el nombre de *es-Somah*, según indica su inscripción en griego, y finalmente, consigna el P. Toulemont graves errores sobre la situación topográfica, origen etimológico, explicación de monumentos é interpretación de inscripciones que debió examinar M. Renan en sus exploraciones de la Fenicia, y en especial en las ruinas del Líbano. Por último, acerca de la poca aprensión de M. Renan en recurrir al plagio, prueba el sabio jesuita haberse valido nuestro escritor para la mayor parte de las anteriores descripciones, de una memoria publicada por el P. Bourquenoud, de la Compañía de Jesús, y depositada en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, memoria de que confiesa M. Renan haber tenido conocimiento pero con posterioridad á su trabajo, lisonjeándose de hallarla conforme con éste, siendo de admirar la singular coincidencia que se advierte entre ambos relatos ó memorias, de contener la de M. Renan la descripción de los mismos documentos é interpretación de iguales inscripciones que la del P. Bourquenoud, y de omitirse en aquella la descripción é interpretación de otras que se omiten asimismo en esta, sin duda, como nota oportunamente el P. Toulemont, porque no lució á los ojos de M. Renan la antorcha que le había servido de guía en las otras interpretaciones.

El sabio obispo de Nimes, Mr. Plantier, en su pastoral escrita contra la obra de M. Renan, se expresa en los términos siguientes, sobre los verdaderos límites á que debe circunscribirse la importancia del conocimiento de las lenguas orientales.

M. Renan pertenece á esa estraña secta de intérpretes independientes que se llama á sí misma *escuela crítica*. Su principio fundamental, su bandera característica, se apoya en el desprecio absoluto de la tradición para fijar la autenticidad y el verdadero sentido de las escrituras. Según ella, la clave de los libros sagrados es la ciencia de las lenguas, es la discusión del texto en sí mismo por medio de la filología, pero sobre todo de la filología comparada. Según ella, no se había comprendido hasta el día la Escritura porque no se había aun creado esa crítica moderna. Pero hoy que ya lo está, no tiene para ella el Nuevo Testamento oscuridad alguna,

así como ni el Antiguo, y el menor de sus adeptos sabe mas que todos los Padres y todos los comentadores. ¡Pobres gentes, que creen ser inventores y que solo son plagarios! La escuela crítica ha existido en todas épocas, y aun en tiempo de Orígenes y de San Gerónimo, que llegaron á refutarla, habiéndose renovado en el siglo XVII por el temerario Ricardo Simon, á quien rebatió completamente Bossuet con los argumentos y la energía de su inflexible lógica, de esta suerte: "Suplico al prudente lector que no se deje deslumbrar por el conocimiento de las lenguas que no cesan de ponderarnos el autor y sus amigos, porque si bien sería volver á la barbarie negar á tan útiles conocimientos la alabanza que merecen, hay que temer el extremo de hacer que escriben en ellos la Religión y la tradición de la Iglesia. . . . Nadie ignora las reglas que dió San Agustín para hacer útil uso del hebreo y de las demás lenguas originales, sin que para ello sea necesario saberlas con toda perfección, pues este mismo Santo Padre se sirvió tan hábilmente de estas reglas, que sin saber el hebreo y sabiendo poco el griego, llegó á ser uno de los teólogos mas profundos de Occidente, y combatió las herejías con las mas convincentes demostraciones. Lo mismo se verificó respecto de Atanasio en la Iglesia Oriental, y aun sería fácil citar otros ejemplos tan memorables como estos. Y á la verdad, la tradición de la Iglesia y de los Santos Padres vale por todo para consignar perfectamente los fundamentos de la Religión; los que ponen todo su afán en manejar los libros de los rabinos, se alejan mucho de la verdad. (Bossuet, *Instrucciones pastorales sobre el Nuevo Testamento*, t. I, p. 670.)" En otro pasaje insiste el gran obispo de Meaux sobre este asunto para hablar en términos mas enérgicos: "Fuerza es sin duda, dice, estimar en mucho el conocimiento de las lenguas puesto que ilustra en extremo, pero . . . la verdadera ciencia eclesiástica es la ciencia de la tradición."

He aquí el poderoso lenguaje del buen sentido. Lejos de nosotros, diremos, despreciar el estudio de las lenguas orientales: no podemos olvidar que hemos ocupado por espacio de diez y siete años una cátedra de hebreo en una facultad de teología, y nos complacemos en recordarlo. Durante esta larga enseñanza hemos experimentado demasiado las ventajas de esta clase de conocimientos, para no tenerlos en alta estima, aun hoy que ocupamos el Episcopado. No hay duda alguna que pueden aplicarse del modo mas útil y fecundo á la explicación de las Sagradas Escrituras; pero conviene no olvidar que el sentido de estas, así como toda la doctrina cristiana, es un punto de hecho que pertenece mas á la tradición que á la ciencia. La filología y la crítica pueden prestar algunos servicios y suministrar ilustraciones secundarias, pero la antorcha principal es la autoridad del testimonio. Los Santos Padres consultan ante todo á los gramáticos para determinar el verdadero significado de los textos, sobre todo cuando tienen cierta importancia. La Iglesia no deja nunca á los redactores de lexicos que la aventajen en la interpretación que hace ella de estos textos sagrados y que entregue á aquellos. Y sobre todo, ¿qué es la misma lingüística sino una ciencia tradicional? ¿No encuentra la primera clave de los idiomas en que se ocupa en la enseñanza de lo pasado? Suprimase esta iniciativa, diré casi esta revelación de los siglos, ¿y qué serán las lenguas que nuestros críticos se jactan tanto de conocer, sino un misterio impenetrable para ellos, un libro inexorablemente cerrado? Y puesto que se ven obligados á aceptar el testimonio para saber el sentido de cada palabra, ¿con qué derecho lo rechazan y lo

desdeñan cuando se trata del sentido general de los textos y de los hechos? "Tal vez se nos tache por estas observaciones, á pesar de su exactitud y reserva, de ser hoy como siempre enemigos de la ciencia y ciegos partidarios de la autoridad; pero dejaremos que se grite, porque estas acusaciones no son fundadas ni sinceras. Jamás despreció ni condenó la Iglesia el conocimiento de las lenguas, y hasta quiso en todos los siglos que se cultivase esmeradamente en las escuelas. Y de hecho, ha contado siempre con filólogos profundos entre sus doctores, y á veces entre sus seculares, desde Orígenes y San Gerónimo hasta nuestros días, puesto que aun hoy existen en Francia, en Alemania y en Italia doctores que marchan á la cabeza de este género de estudios, siendo algunos de sus trabajos dignos de sus antecesores. La Iglesia no reconoce sobre este punto, así como sobre los demás, maestro alguno en la tierra; pero quiere que cada cosa ocupe su lugar y tenga la importancia que le corresponde. Admítase en buen hora hasta cierto punto á la crítica á ojear el texto de las Escrituras para ilustrar lo oscuro y determinar su sentido; pero contentarse con este instrumento, ó mas bien con este auxiliar; no invocar nunca al par de la filología la autoridad de las tradiciones, es no solo trastornar las vias que llevan á la certidumbre, es no solo exagerar los derechos lógicos y verdaderos de lo que se conviene en llamar la crítica, sino que es tambien mutilar, condenar á ésta á la impotencia para multitud de cosas, puesto que es uno de sus elementos mas esenciales, y diré hasta su complemento indispensable, la luz del testimonio y de la historia. (V. la primera pastoral del citado obispo de Nimes, Mr. Plantier, escrita contra la obra de M. Renan).

Respecto del saber, de la *poesía y fuerza* de entendimiento de M. Renan, el citado Mr. Plantier, obispo de Nimes, en su segunda pastoral contra la obra de M. Renan, indica las siguientes censuras que se han hecho á este escritor. Háse dicho que era muy dudosa la ciencia filológica de M. Renan; que los orientalistas y particularmente los hebraizantes podrían suscitarle difíciles controversias sobre mas de un punto de gramática, de traducción y de transcripción de nombres. Se asegura tambien que no parece acordarse M. Renan de lo que él mismo ha dicho en otro tiempo contra el valor histórico del Talmud: que prefiere en muchas ocasiones los documentos que le suministran miserables compilaciones á la autoridad de los Evangelios, demostrando así una falta radical de crítica ó de buena fe: que, en fin, es muy dudoso que haya sabido leer estos libros en su texto original, ¡tales son sus equivocaciones sobre las cosas que contienen y tan poco iniciado parece sobre la manera como designan los filólogos sus citas! Dícese que M. Renan incurre con suma frecuencia en errores de geografía, de historia y de cronología; que se le ha probado, en especial por la crítica alemana, haber incurrido en graves equivocaciones sobre estas diversas materias, confundiéndo las del modo mas lastimoso. Se ha sostenido que como composición literaria el libro de M. Renan se halla mal concebido y peor espuesto; que en lugar de desarrollarlo siguiendo un orden lógico, y según la marcha de los tiempos y de las cosas, lo ha confundido y embrollado todo en una especie de caos; que abundan en su obra numerosas repeticiones; que embarazado el estilo con las vacilaciones del autor, espantado al parecer de sus propias blasfemias, carece esencialmente de firmeza, de colorido, de espontaneidad y de vigor, favoreciéndole solamente el artificio de una elegancia pálida y de una delicadeza enfermiza.

Pág. 13, lin. 31 y siguientes. Siendo la propiedad de la crítica separar lo verdadero de lo falso, el estilo de M. Renan tiene la de confundirlos con su famoso procedimiento de los matices ó diferencias (*nuances*).

Hé aquí lo que dice sobre este procedimiento de M. Renan, de encontrar en todo diferencias ó matices (*nuances*) el R. P. Félix, en su conferencia primera, pronunciada en Nuestra Señora de Paris en el presente año:

"Vosotros habíais creído hasta aquí, con el sentido comun de la humanidad, que lo falso se diferenciaba radicalmente de lo verdadero, el mal del bien, lo bello de lo deforme: pues nada; era una ilusión óptica; mirad con mas despacio; tened la vista con la *perspicacia* suficiente, el sentido bastante delicado, el talento bastante flexible para notar los matices y diferencias que hay en aquellas cosas; no os lanceis como ciertos espíritus absolutos á manera de jabalíes sobre la verdad grosera y palpable; nada, es menester que empleis procedimientos mas delicados y mas dignos de un talento esquisito. Si os hace falta, tomad el lente de la crítica nueva para ver en el mundo moral y religioso los cuerpos infinitamente pequeños, invisibles á primera vista del recto sentido popular, y hallareis que lo que llamábais falso, no es sino un matiz de lo verdadero, lo que llamábais deforme, un matiz de lo bello, y lo que llamábais malo, un matiz de lo bueno, y aun si penetrais hasta las fibras mas íntimas de la humanidad y de Dios, vereis que lo que llamábais divino, no es otra cosa sino un matiz de lo humano, y lo que llamábais sobrenatural, un matiz de la naturaleza. Con este mismo procedimiento hallaréis además en otro orden de cosas, que lo negro y lo blanco no se diferencian entre sí tan profundamente como imaginábais, y con un poco mas que progrese la perspicacia de vuestras miradas y la delicadeza de vuestras sensaciones, llegaréis á descubrir que quizá lo negro no es mas que un matiz de lo blanco, y lo blanco un matiz de lo negro. En esto viene á parar el talento sin principios. La ciencia necesita, además de principios ciertos, tener conclusiones rigurosas, porque la ciencia no es otra cosa que la verdad de los principios demostrados en sus conclusiones, y su oficio propio es sacar lo desconocido de las entrañas de lo conocido, con la antorcha de la razón. Solo Dios ve, con una vista infinitamente clara, las conclusiones en el fondo mismo de los principios; el genio dotado de intuición, las ve mas pronto ó las entrevé; el raciocinio las demuestra á todos, y entonces se realiza el triunfo de la verdadera ciencia. Tenemos, pues, derecho de pedir consecuencias natas y conclusiones rigurosas á esa crítica que se nos presenta con aire soberano de científica: si esas, la decimos, reina de la ciencia, y ciencia de las ciencias, muéstranos tus conclusiones, sepamos de dónde partes y en dónde tienes tu término; citaos una verdad que no conozcamos todavía y que tú nos reveles; porque hasta aquí sin duda te hemos visto afirmar y mas afirmar, dudar y mas dudar, y sobre todo, negar y mas negar; pero ¿qué nos has demostrado? ¿qué conclusion nos has ofrecido? Nada, absolutamente nada. Y no hay que extrañarlo, pues quien no tiene principios, ¿cómo ha de tener conclusiones? Las conclusiones son hijas legítimas de los principios engendrados para la ciencia por una razón fecunda.

Y el P. Delaporte, en su folleto contra M. Renan, titulado: *La crítica*

y la táctica, estudio sobre los procedimientos del anticristianismo moderno, á propósito de M. Renan, hace sobre este punto las siguientes observaciones:

"La *nuance*, dice exactamente el Diccionario de Bescherelle, es la diferencia delicada y casi imperceptible que se encuentra entre dos cosas de un mismo género. Si es la crítica el arte de discernir, debe designar estas diferencias delicadas; mas no en todo puede hallar diferencias la crítica, porque no todos los objetos que estudia son de un mismo género. Existen, es verdad, diferencias absolutas é irreducibles; así, por ejemplo, nota el tacto entre el agua tibia y el agua caliente, una diferencia (*nuance*) mas ó menos marcada, la cual determina la física con toda exactitud, y la geometría reconoce una diferencia radical entre el círculo y el triángulo. Mas la escuela germánico-francesa que procede de Hegel, pretende ineensatamente no advertir mas que diferencias de filosofía á filosofía, de religión á religión. Para ella, nada es absolutamente verdadero ni falso, nada absolutamente bueno ni malo; en ninguna parte halla el espíritu certidumbre en que descansar. Ella encuentra sombras hasta en Jesucristo y simpatías hasta en Satanás.

"El animal nota las diferencias (*nuance*) y se para en ellas; así es que sabe preferir un trozo grande á otro pequeño; pero el hombre se fija en lo absoluto y formula afirmaciones precisas y determinadas. Sabe que tal afirmación es indudablemente verdadera, y tal otra indudablemente falsa. El hombre adquiere la certidumbre, no en todo, sino en un radio mas ó menos vasto, y se apoya en verdades conocidas para formar sus conjeturas mas ó menos afinadas.

"No hay duda que es indispensable estudiar las diferencias ó matices (*nuances*) que hay en las cosas, pero esto es solamente un trabajo preliminar. Cuando se trata de la verdad, las conjeturas, el próximamente ó poco mas ó menos es un medio de tomar un camino, pero no es un resultado. La ciencia es el tesoro de los conocimientos absolutos. La humanidad pide certidumbre y no conjeturas. Si es interesante para ella discernir la diferencia que separa la mitología egipcia de la mitología griega, es necesario notar la oposicion absoluta que separa los cultos que son pura invencion humana y en los que abunda el error, de la religión divina, y en su consecuencia, totalmente verdadera.

"El deber esencial de la crítica es, pues, buscar lo verdadero, absoluto: mientras no haga mas que notar diferencias (*nuances*), no hace mas que caminar por senderos que llevan á la ciencia, mas si no llega á ninguna afirmación categórica, ha perdido su trabajo y gastado sin fruto las fuerzas intelectuales del hombre. Si hay alguna region en donde deba reinar la certidumbre, es evidentemente la region de la ciencia.

"Los ignorantes creen en todo; los sabios poco espertos dudan de todo; los verdaderos sabios niegan ó afirman con toda seguridad; y solo entonces hay sabiduría. Así, pues, cuando hace M. Renan de la investigación de las diferencias el resultado del fin en crítica, confunde el medio con el objeto, los materiales con el edificio, los ensayos con el resultado, y en su consecuencia, aparece muy atrasado el célebre inventor.

"¡Pluguiera al cielo que esta teoría de la diferencia solo favoreciese la pereza de entendimiento, satisfecha con ir de doctrina en doctrina, y de hecho en hecho, sin buscar el objeto, es decir, la conclusion cierta y exacta! pero presta, por desgracia, además, un apoyo á la perversion del corazón. Si no existe mas que una diferencia entre dos acciones que

hasta aquí consideró la conciencia como opuestas, ¿cómo comprendemos, cómo estableceremos el deber?

"Hablar ó escribir es obrar. No existe, pues, sobre una cuestion esencialmente práctica, libro puramente especulativo. Todo libro de filosofía religiosa, es una espada acorada que hiere necesariamente al error y al vicio, si el libro es bueno, y á la verdad y la virtud si es malo. ¡Cómo os atreveis á escribir vos, que ignorais dónde están á punto fijo la luz ó las sombras, dónde está la vida ó la muerte! ¡Cómo osais atacar la creencia de vuestros hermanos! ¡Cómo osais emplear tantos procedimientos esquivocos para impedir tal vez la salvacion de las almas, y establecer lo que puede ser su perdicion!

"Pero el ateo, que tanto Bossuet como Voltaire, (perdónesenos que los citemos juntos), condenaban como un monstruo, es hoy un hombre ilustrado, un filósofo profundo; escribe, enseña, se erige en moralista; y tomando partido por la vileza humana contra la austeridad del deber; enseña á su siglo que el error es en cierto modo uno de los matices, graduaciones ó diferencias de la verdad, y el mal, en cierto sentido, un aspecto del bien. Por si ignora á favor de quién escribe, nosotros se lo diremos. Escribe á favor de los malvados que formalan ya en las cavernas de las sociedades secretas este horrible santo y seña: "*Haced corazones viciosos y no tendréis ya católicos*" (V. el folleto del padre Delaporte, doctor en teología, titulado: *La critique et la Tac'ique, etude sur les procedes del'antichristianisme moderne, á propos de M. Renan*).

Pág. 44, lin. 7. El estravagante Francisco de Asís, la histórica Santa Teresa.

Con ocasion de estos y otros dictérios, dice el R. P. Félix: LA VIDA DE JESUS es calumnia. M. Renan imputa á los objetos de nuestra veneracion errores que él inventa, intenciones que él imagina, vicios que él crea, á medida de su capricho. Calumnia á Magdalena, Magdalena á quien llama la *alucinada*. Calumnia á Santa Teresa, aplicándole un calificativo, que yo no puedo consignar de ningun modo, porque es un ultraje á la piedad y al pudor cristiano. Calumnia á San Juan, y el dulce, el tierno, el amable Juan, por un juego de manos de este célebre escamotador, no es mas que un personaje ridículamente fanfarron y envidioso.... Solo un personaje del Evangelio, uno solo, merece bien de M. Renan, y el cual parece embellecido por su delicado pincel, este personaje se llama *Judas*! (Carta al R. P. Mertian por el padre Félix).

Pág. 46, lin. 4. Cerca de un siglo ántes de Jesucristo expresó Lucrecio de un modo admirable la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza.

Así, para M. Renan, entregar la marcha del mundo á la casualidad, hacerle salir de la esfera en que se ejerza la influencia de la Divinidad, si existe alguna, para moverse en una órbita en que no conocen sus evoluciones otras leyes que los caprichos y el choque de la materia, hé aquí una enseñanza admirable. El buen sentido de nuestros padres la consideró odiosa, aun en Lucrecio, á pesar del brillo de su poesía. Pero gra-

cias á los progresos de la ciencia positiva es sublime para M. Renan (V. la segunda pastoral de M. Plantier).

Pág. 46, lin. 6. La negacion del milagro, la idea de que todo se verifica en el mundo por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores, era de derecho comun en las grandes escuelas de todos los paises que recibieron la ciencia griega.

En cuanto al derecho comun, aun cuando hubiera consagrado la negacion del milagro en todos los paises invadidos por la ciencia griega, lo cual no es exacto, no puede decirse que proscribiera la intervencion personal de seres superiores en el movimiento del universo. Al contrario, todas las religiones están llenas, si es lícito hablar así, de esa ingerencia divina en las cosas del mundo, sin exceptuar á las mismas Babilonia y Persépolis. Sin aceptar á la letra estas mitologías á cuya sombra se desplegaba la filosofía de estas comarcas, admite generalmente bajo una ú otra forma el dogma de una Providencia. No siempre se sabe respetar su límite; pero permanece el fondo de la verdad, aunque mas ó menos alterada, en la mayor parte de las grandes escuelas, y al atribuirles el detestable mérito del ateísmo, calumnia M. Renan á la historia.

Por lo demás, deben distinguirse dos cosas que parece confundir M. Renan; el gobierno de la Providencia y el milagro. El gobierno de la Providencia no es otra cosa que esa accion sencilla y continua de Dios, que mantiene la regularidad general de las leyes del universo, usando solo de su poder, por decirlo así, dentro de los límites de estas mismas leyes. El milagro por la inversa, es un acto extraordinario por el cual obrando Dios como Soberano Señor, deroga las leyes generales de la naturaleza ó directamente y por sí mismo, ó por un instrumento al que comunica una parte de su poder en el mundo físico. Estas dos cosas son muy distintas. Es posible que en rigor se negase el milagro en las escuelas antiguas, aunque es muy dudoso, pero pudo negarse, sin negar la Providencia en lo esencial que tiene este dogma. En cuanto al milagro mismo, si fué rechazado por los sabios, fué admitido por los pueblos y los poetas. Los dioses de la Fábula y de Homero no hacen otra cosa, puesto que casi todas sus invenciones no son mas que milagros. (V. la segunda pastoral de M. Plantier, obispo de Nimes, pág. 93).

Pág. 47, lin. 5 y siguientes. Es necesario que el taumaturgo que se anuncia como pudiendo resucitar á un muerto, comparezca ante una comision de fisiologistas, de físicos, de químicos, de críticos á verificar la resurreccion.

Se concibe muy bien que cuando el inventor de una nueva máquina aspira al honor de un privilegio, proponga hacer esperiencias para justificar el mérito que atribuye á su obra, y que se constituya un jurado para apreciar el instrumento y sus operaciones. Pero un taumaturgo no es el inventor de un aparato de física, es el hombre de Dios; depositario de cierta parte del poder de Aquel que le creó, no usa de él para que

lo juzgue un arcópago de escépticos, ni para distraer el tedio de los sabios desocupados, sino que se sirve de él en beneficio de una alma que le pide una gracia ó para la conversion de un pueblo, al cual se dirige. Si entonces se halla rodeado de gente de ciencia, no la teme, así como no temió Moisés á los adivinos egipcios, ni Jesucristo al espíritu irónico de los fariseos, y obra sus prodigios sin vacilar á su presencia aunque se burlen de ellos y los contradigan; pero jamás rebaja el poder que ejerce hasta hacer milagros con el único objeto de obtener su aprobacion ó de satisfacer su curiosidad.

Pág. 47, lin. 37 y siguientes. ¿Qué resultaria de la resurreccion plenamente probada de un muerto? Únicamente que habria un hecho sin ejemplo, inexplicable, que no podría comprenderse por las leyes conocidas de la naturaleza.

La objecion de que no cabiendo suponer el hecho milagroso sino como contrario y superior á las leyes de la naturaleza, seria preciso, para poder formalmente asegurar la certidumbre del hecho, tener conocimiento perfecto y adecuado de todas las leyes de la naturaleza, no deja de ser especiosa, y tiene para los que la presentan el gravísimo inconveniente de dar mas allá del blanco, porque tiende nada menos que á suprimir la ciencia misma. No hay remedio, si esta dificultad es verdadera contra nosotros, tiene que serlo necesariamente contra vosotros, y os lleva, por la fuerza misma de la lógica, á no poder hacer constar científicamente ni una sola ley de la naturaleza; de tal manera, que ante todo hecho de certidumbre evidente, cuya existencia misma os muestre con no menor claridad la causa que lo produce, podreis siempre oponer, á despecho de toda evidencia física, la misma dificultad; porque siempre, en efecto, podreis decir: *¿quién sabe* si este hecho, atribuido á una causa que á nosotros se nos figura que conocemos, no será efecto de otra causa que hoy no conocemos, pero que podemos conocer mañana?

Pues ahora, decídmelo, ¿por qué afortunadamente no sucede así? ¿por qué esa cosa desconocida que vosotros suponeis, no puede nada contra la certidumbre que abrigais? ¿por qué no hay ciencia alguna que amengüe ó destruya el valor del testimonio del hecho evidente? ¿Por qué? porque juntamente con las leyes de la naturaleza admitís la *armonía* en la naturaleza; porque sabéis que la naturaleza, lo propio que Dios su autor, no se miente jamás á sí misma; porque estais absolutamente seguros de que la naturaleza, que os decia ayer *sí* acerca de un punto determinado, no os dirá mañana *no*; en fin, porque tan científicamente ciertos como estais de la existencia de una ley de la naturaleza, otro tanto lo estais de que no será desmentida por otra ley de la naturaleza.

Pues bien, esta base que vosotros mismos dais á la ciencia de la naturaleza, nosotros la aceptamos, y aun fundando sobre ella la posibilidad de comprobar el hecho milagroso, decimos con vosotros: — Así como en el mundo matemático no puede haber fórmula verdadera que esté en contradiccion con otra fórmula verdadera, así tambien y del propio modo en el mundo físico no puede haber una ley real de la naturaleza que esté en contradiccion flagrante con otra ley real de la naturaleza. Y por eso yo os pregunto: ¿por qué, una vez sentado que existe un hecho milagroso, por qué yo no he de poder nunca hacer constar como cierto é incues-

tionable el hecho milagroso? El que por una parte posea yo un hecho radiante con su luz propia, y por otra parte tenga encerrado en el círculo de una fórmula científica una ley de la naturaleza, una ley sola, la ley misma en cuya virtud se ha realizado ese hecho, ¿puede ser para mí cosa demostrada de antemano que jamás ninguna otra ley de la naturaleza vendrá á desmentirla.... (Véase la conferencia 4.<sup>a</sup> pronunciada en el presente año por el padre Félix en Nuestra Señora de Paris.)

Pág. 73, línea 24 y siguientes. *Este Evangelio* (el de San Lucas), *de seguro fué escrito despues del sitio de Jerusalén.*

Esta asercion la ha tomado M. Renan al pié de la letra de Kaiser (*Bibl. Theol.*, t. 247), de Weete (*Einleitung*, núm. 101), y de Credner, mas no se ha hecho cargo de las pruebas contrarias conque la combaten Michaelis, Berthold, Scott, Kuhn y Neudecker.

M. Renan comete aquí un grave error cronológico, segun vamos á probar. Debe afirmarse desde luego que San Lucas no publicó su Evangelio antes del año 47. Es opinion comun y tradicion solemne de la antigüedad cristiana que San Lucas no principió á escribir el Evangelio sino invitado por San Pablo, que le auxilió en su obra. No pudo pues escribirlo antes de asociarse á este apóstol y de ser su hermano de armas, y como se deduce de los actos apostólicos que esto no se verificó hasta el año 47, no pudo escribir el Evangelio anteriormente.

Asimismo San Lucas publicó su Evangelio antes que el libro de los Actos de los Apóstoles, segun él mismo asegura, diciendo: "he comparado el primer libro, ó Teófilo, sobre todas las cosas que Jesus emprendió hacer y enseñar." Los Actos fueron, pues, el *segundo* libro que compuso; por consiguiente, habia compuesto antes el Evangelio. El libro de los Actos apostólicos apareció cerca del año 57, segun las palabras conque lo termina San Lucas: "Pablo permaneció dos años (en Roma) predicando el reino de Dios, y enseñando lo concerniente al Señor Jesucristo, sin que nadie se opusiera á ello." No pudo pues escribir San Lucas el libro de los Actos apostólicos sino despues del fin del segundo año de la primera estancia de San Pablo en Roma. Segun la cronología Paulina, este segundo año corresponde al año 58 de la era vulgar; luego el libro de los Actos apareció cerca del año 58.

Finalmente, San Lucas publicó su Evangelio entre el año 49 y el año 58, pues segun hemos demostrado, no pudiendo publicarlo antes del año 48 ni despues del año 58, lo publicó en el intervalo que separa el año 48 del año 58.

Pues bien, entre el año 58, antes del cual publicó San Lucas su Evangelio, y la destruccion de Jerusalén, hay el intervalo de doce años. Publicó pues San Lucas su Evangelio doce años por lo menos anteriormente á la destruccion de Jerusalén.

M. Renan funda su opinion, tan remota de lo verdadero y verosímil, en los versículos 9, 20, 24, 28 y 32 del cap. XXI de San Lucas, paralelos al versículo 36 del cap. XXII. Examinemos pues lo que se dice en estos pasajes.

Hallándose los Apóstoles en el monte de los Olivos (Luc., XXI, 7; con Math., XXIV, 3 y Marc., XIII, 3, 4), preguntaron aparte á Jesus sobre la época en que debia ser destruido el templo de Jerusalén, y sobre las

señales que debian preceder y seguir su venida entre ellos y su segunda epifanía, así como sobre la consumacion de los siglos. El Salvador, confesándoles, principió por la tercer pregunta (Luc., XXI, 8, 19; con Math. XXIV, 4, 14 y Marc. XIII, 5, 13), la relativa al fin de los siglos. Pasó despues á la primera (Luc., XXI, 20, 24; con Math. XXIV, 15, 22 y Marc. XIII, 14, 29), la relativa á la destruccion de Jerusalén y del templo, y terminó por la segunda (Luc., XXI, 25, 33; con Math. XXIV, 23, 41, y Marc., XIII, 21, 32), la de las señales que debian preceder y acompañar su nueva manifestacion.

¿Dónde encuentra M. Renan en todo esto apoyo para avanzar como cierto que Lucas escribió *de seguro* su Evangelio poco tiempo despues de la catástrofe de Jerusalén? No puede apoyarse en las palabras de Jesus referidas por S. Lucas, y relativas á la segunda y tercer pregunta de los apóstoles, puesto que son enteramente estrañas á la cuestion sobre la época en que publicó su Evangelio.

¿Cuál ha sido, pues, el fundamento de su deduccion? La respuesta de Jesus á la primera de las tres preguntas referidas por S. Lucas (XXI, 20, 24). "Y cuando viéreis cercar á Jerusalén con un ejército, sabed que su desolacion está cerca. Entonces los que estén en Judea huyan á los montes, y los que estén en medio de ella retírense, y los que estén en los contornos no entren en ella. Porque estos serán dias de venganza para que se cumpla todo lo que está escrito. Y serán pasados á filo de espada y llevados cautivos á todas partes, y Jerusalén será pisada de los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones."

Pero si estas palabras pudieran convencer á M. Renan de que no publicó S. Lucas el Evangelio antes de la Iliada Hierosolomitana, debieran convencerle al mismo tiempo de que S. Mateo y S. Marcos escribieron sus comentarios despues del triunfo mortífero de Vespasiano y de Tito, porque no se lee nada en S. Lucas que no se halle en S. Mateo y en S. Marcos.

Digamos pues mas bien que lejos de iluminar tanta claridad los ojos enfermizos de M. Renan, los ha cegado; prefiriendo obrar contra la evidencia, cambiar la cronología y profesarse intérprete audaz y racionalista, en vez de racional y cristiano, antes que reverenciar á Jesus como profeta.

M. Renan ha confundido pues la prediccion de la ruina de Jerusalén con el anuncio del fin del mundo, no habiendo comprendido el pasaje por falta de conocimientos en las lenguas antiguas.

Además, San Mateo y San Marcos contienen con menos estension que San Lucas, pero en términos mas marcados, oráculos relativos á algunos de los hechos futuros de que habla éste. Así se anuncia la destruccion del templo tan categóricamente por el primero y el segundo, como por el tercero, etc. ¿Debe deducirse de aquí que los Evangelios de San Mateo y de San Marcos son posteriores tambien al sitio de Jerusalén? Entonces se desmiente M. Renan. Pero que lo demuestre esto escritor si lo pretende. Tiene contra sí la tradicion que considera estos pasajes como auténticos, y no es fácil sustraerse á la autoridad de semejante testimonio con una simple afirmacion. Así, se halla M. Renan inevitablemente colocado entre una contradiccion y una inconsecuencia; si admite que los textos proféticos de San Mateo y de San Marcos son contemporáneos de los de San Lucas, se contradice por la fecha de los dos primeros Evangelios; si son anteriores á la fecha que asigna á los de San

Lúcas, es inconsecuente, no sacando de los dos primeros la consecuencia cronológica que deduce del tercero. Siendo las mismas premisas, ¿por qué no hemos de sacar igual consecuencia?

Por lo demás, una prueba de que hizo Jesucristo contra Jerusalén las mismas amenazas que le atribuyen los Evangelistas, San Mateo y San Marcos, así como San Lúcas: es la impresion que recibieron por ellas los nuevos cristianos de la Judea. Cuando vieron comenzar la guerra de Roma contra los judíos, se refugiaron hácia el nordeste de la Palestina, en la Gaulonitida, el Hauran y la Batanea, sirviéndoles de asilo la villa de Pella, donde permanecieron hasta el momento en que les permitió Adriano volver á Jerusalén, entonces Ælia. Es evidente que no se hubiera verificado esta emigracion si no hubieran llamado la atencion de los discípulos, oráculos verdaderos, ciertos, públicos y atribuidos universalmente al Maestro, y no hubieran impulsado á aquellos á huir de la ciudad de Jerusalén, sobre la cual iba á recaer aquel torrente de fuego, aquella sangre del Hombre-Dios que habia derramado en un furor sacrílego. Lo que dicen pues los Evangelios, halla por consiguiente apoyo en la opinion de los primeros fieles y en hechos solemnes, manifiestos, incontestables, á los cuales dieron impulso. (Véase la segunda pastoral del obispo de Nimes, M. Plantier.)

Pág. 85, lin. 1. Si quereis comprenderlo, Juan es Elías, que debe venir (S. Math. XI, 14).

Esto es, Juan es Elías, en el oficio de precursor de la primera venida de Jesucristo, así como Elías lo será de la segunda. (V. San Gregorio, Hom. 7 in Evangel.) "Algunos, con San Gerónimo, son de sentir, dice el padre Scio en la nota á este versículo, que el Señor dió el nombre de Elías al Bautista, porque así como éste en la segunda venida de Jesucristo, vendrá á anunciar que este Señor ha de venir como juez, del mismo modo en la primera, San Juan fué el Precursor, que anunció que debia de venir en calidad de Redentor. (Véase la profecía de Malaquías, IV, 5 y 6.)" No debe pues entenderse que el testo citado quiere decir que Juan era Elías en la persona, pues este es un error de los herejes que creen que el alma de Elías pasó al Bautista, error que impugnó ya San Gerónimo en su Epístola á los Algas. Quest. I.

Pág. 87, lin. 9. La reciente formacion del imperio exaltaba todas las imaginaciones. La grande era de paz en que se iba entrando y esa impresion de sensibilidad melancólica que experimentan las almas despues de largos períodos de revoluciones, suscitaban en todas partes ilimitadas esperanzas.

Precisamente la formacion misma del imperio y la paz general que habia fundado debian calmar la sensibilidad melancólica de las almas é impedir esas esperanzas ilimitadas de que se preocupaba entonces el género humano. Preciso es pues buscar en otras partes, y mas alto, con la gran razon de este gran fenómeno, el alma y el nudo de lo pasado. Arrancando M. Renan á Cristo de la historia, lo ha envuelto todo en tinieblas. Al contrario, existiendo Cristo en la historia, todo se ilumina y en-

cadena. Presentante los patriarcas; Moisés es su precursor y su figura: supónole toda la ley antigua: los justos del Antiguo Testamento le llaman; cántanle los profetas; forman su genealogía los reyes de Judá; los grandes reinos de la antigüedad lo preparan. Llega un momento en que dispersado el pueblo judío por do quiera, en la alta Asia, en el Asia menor, en Asiria menor, en Egipto, en Grecia, en la misma Italia, lleva á todas partes las Escrituras, no solo en su idioma primitivo, sino tambien traducidas en la lengua mas conocida entonces en el universo, la que habian hablado Homero, Sócrates y Demóstenes. Llenos de la grande idea del Mesías que habia saludado Abraham por sobre la cúspide de los siglos; que habia anunciado Moisés como un legislador mas grande que él; que los Videntes de Judá habian predicho como un conquistador pacífico pero sin igual; que los mismos judíos, diseminados por todos los puntos del globo, esperaban como un libertador, estos libros sagrados dejaron penetrar algunos rayos de la divina luz que contenian, en medio de las naciones en que se hallaban esparcidos los hijos de Israel. Las esperanzas del pueblo de Dios despertaron cierta espectacion general en el mundo: volvieron hácia el Oriente las miradas de un extremo á otro del Imperio, y entonces fué cuando con universal silencio de guerra y de armas, en el momento en que César, dueño, con el nombre de Augusto y con el título de emperador, de todas las regiones sometidas á Roma acababa de cerrar el templo de Jano, apareció en la tierra Aquel á quien habian llamado anticipadamente los profetas el *Príncipe de la Paz* y el *Deseado de las naciones*. He aquí cómo se logra fijar el verdadero sitio de Cristo en la historia, mientras M. Renan, en vez de asignarle un sitio, le marca á lo mas una fecha en el pasado del mundo. (Mr. Plantier en su segunda pastoral sobre el libro de M. Renan.)

Pág. 93, lin. 9. Segun M. Renan, Jesus solo fué un hábil y feliz intérprete de las profecías.

Hay una profecía, entre otras, en el Cristianismo, que ofrece una prueba en extremo patente y perceptible de la venida de Jesucristo al mundo; una profecía de la Santísima Virgen, incontestable en su origen, manifiesta en su cumplimiento, y que solo puede explicarse por la divinidad de Nuestro Señor.

Nadie hay que ignore aquellas palabras que pronunció María en el bello cántico que nos hace recitar la Iglesia diariamente: "*Me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Beatam me dicent omnes generationes.*"

He aquí pues á una pobre mujer que vive oscurecida en un rincón de la Judea, y que afirma con ocasion del niño que lleva en su seno, que será su nombre inmortal, y que todos los siglos agregarán á este nombre felicitaciones imperdurables, llamándola bienaventurada.

He aquí pues una profecía clara y determinada, cuya realizacion podrá comprobarse perpétuamente puesto que debe realizarse sin interrupcion y sin fin. *Omnes generationes.*

Pues bien: si no es Dios el Hijo de María, esta profecía es insensata; porque ¿qué probabilidad, qué posibilidad habia de que todas las generaciones futuras felicitasen á este nombre completamente oscuro?

Y sin embargo, esto es lo que se ha verificado. ¿No han justificado los